

DOI: <https://doi.org/10.22201/ffyl.01860526p.2003.11.780>

Nair María ANAYA FERREIRA, *La otredad del mestizaje: América Latina en la literatura inglesa*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2001.

Pudiera suponerse, con algún grado de razón, que los territorios visitados por este libro de ensayo literario han despertado la curiosidad de un número suficiente y hasta excesivo de investigadores. Después de todo, Greene, Lawrence y Lowry son moneda de curso inevitable si se habla de ciertas imágenes creadas en torno de América Latina. La propia bibliografía que acompaña al texto de Anaya Ferreira comprueba de modo irrefutable la abundancia de material en torno a lo que Inglaterra ha querido ver y ha querido

escribir respecto de nuestros países. Esa misma bibliografía sirve para determinar que la autora ha cumplido un trabajo de exploración puntilloso, y muchas serán las sorpresas de quien a la lista se asome, no siendo la menor de ellas que existan casi trescientas obras dedicadas al aprovechamiento de América Latina como posibilidad novelística en la mayoría de los casos, como pretexto para una literatura de viaje, hartamente curiosa en sus enfoques, en muchos otros y como pretexto para empresas de descripción histórica en algunos. Curiosidad por nosotros que demasiado a menudo fue acompañada de modos de observarnos que, cuando los conocemos, nos dejan en la perplejidad.

En la exploración hecha por Anaya Ferreira no se han incluido como material de estudio todas las novelas sobre el tema de que la autora tiene noticia, entre otras razones porque la mayoría de ellas estará ayuna de la buena calidad indispensable de solicitar a la literatura. En todo caso, la autora eligió una fuerte cantidad de obras como base del examen que se proponía cumplir. La intención de su estudio, y la cito, “será analizar las imágenes de América Latina en relación con la imaginación culturalmente condicionada en la que están inscritas las obras de esta tradición”, lo cual plantea ya el problema de origen: los escritores adquieren una imagen de América Latina que ha sido consagrada por la visión europea, y tienden a mirarnos amparados por esa visión, ignorando que hay otros ángulos de mira bastante más cercanos a la realidad que constituimos. Desde luego, y como en todo, hay excepciones que Nair examina porque es justo hacerlo. Ralph Bates, una de ellas.

Sin duda que el problema central con esta empresa estaba en cómo estructurar un libro que comprendiera los diferentes ángulos de abordaje presentados por esa literatura. No creo equivocarme al decir que la autora parte de una decisión sabia: examinar el marco histórico que permitió fabricar para la mente inglesa una imagen cosificada de nosotros. Acaso todo se iniciara con Cristóbal Colón, provocador del primer encuentro oficial entre las culturas europeas y las precolombinas, pero de cierto que el Calibán de William Shakespeare es uno de los hitos más importantes en el camino hacia la cosificación. Nair incursiona en estos campos con inteligencia bien informada. A continuación examina el papel que le correspondió a los aztecas, haciendo un recorrido minucioso de la obra necesariamente clásica de William Prescott, *Historia de la conquista de México*, de tanta influencia posterior en cuanto a establecer ciertas ideas fijas. Luego, se atiende al mismo tema en ciertas novelas de aventura inglesas. Subrayo el género porque la novela de aventuras se empeña en vivir con la firme creencia de que le es innecesaria la fidelidad descriptiva hacia el país elegido como sede de la

trama, creencia al parecer ineludible en ese tipo de literatura. George Alfred Henty y sir Henry Rider Haggard son dos de los novelistas examinados. La fórmula que emplean se repite con frecuencia: hay un protagonista (e incluso héroe) inglés que, por cierta lógica difícil de entender, aparece en medio del imperio azteca y pone orden en las costumbres para él un tanto incivilizadas de los habitantes nativos, probándose (siempre dentro de la lógica de esta literatura) que lo europeo es constructivo y lo novohispano de una barbarie absoluta.

Nair hace ver que no toda América Latina fue privilegiada por los escritores ingleses. El grueso de la producción literaria atiende a México, una parte se asoma a la Argentina y ocasionalmente hay visitas al imperio inca. Los demás países pertenecen al olvido. En cuanto a las pampas, Nair analiza con atención el caso de W. H. Hudson, en ocasiones presentado como Guillermo Enrique Hudson, lo cual es parte ya de la situación descrita, quien se crió en el campo argentino y vio con desolación cómo se lo iba transformando a impulsos del progreso. Vuelto a Inglaterra, no supo acomodarse a la vida urbana y vivió con la nostalgia de lo dejado atrás.

De esta manera, Nair llega a Joseph Conrad. Conrad es, por todo concepto, un problema difícil. Porque la novela de aventuras suele padecer la modestia de su propio empeño, mas Conrad pertenece a eso que llamamos la gran literatura y, a mayor abundancia, *Nostromo* ha quedado clasificada sin titubeos entre lo mejor de su producción. Y a ella pertenece, desde luego. Nair no lo cuestiona en ningún momento. Pero como no es su propósito el análisis estético de las obras examinadas, aborda *Nostromo* por vía de su apego o desapego a la imagen consuetudinaria que de América Latina se tiene en Inglaterra. Las sorpresas abundan, pues la autora deja constancia de que Conrad se atiene al mismo procedimiento: lo europeo trae consigo la rectitud de conductas, sean políticas o sociales, y los nativos son incapaces de gobernarse.

Se abre entonces el capítulo dedicado a México. Sin duda que lo más ambicioso de la narrativa inglesa centrada en estos temas tiene como protagonista a nuestro país. Mas sucede, es vieja historia ya, que quienes lo visitaron no vinieron dueños de una mirada inocente o por lo menos neutra, a la que posteriormente cargarían de sentido mediante la interpretación dada a lo encontrado en nuestro mundo. No, llegaron poseedores de una decisión tomada de antemano, a la que buscaron corroboración entre nosotros. Así, Greene vino dispuesto a toparse con una represión religiosa. La halló, claro, pero sólo quiso ver uno de sus lados. Tenemos un Lawrence empeñado en retrotraernos a las raíces precolombinas, donde él ansiaba encontrar la solución al excesivo industrialismo del mundo. En otras palabras, no

venían a descubrirnos y sí a confirmar lo que de nosotros se habían empeñado en creer.

Todo un capítulo está dedicado a *Bajo el volcán*. Esa novela que Nair aprendió a estimar desde la primera lectura. Razones muy sólidas tiene ese aprecio. Podría yo alargarme hasta la descortesía detallando el notable examen que se hace de la novela. Bastará que me detenga en uno de los puntos subrayados. Allí donde Nair afirma: “éste es precisamente uno de los grandes logros de Lowry en *Bajo el volcán*: la incorporación dentro de la textura de la novela de los dos aspectos opuestos de la cultura mexicana”. Llego con esto al meollo de la cuestión: ese incómodo mestizaje que se ha constituido en otredad y que le sirve de título a la obra de Nair. Porque México es, ¿habrá modo de dudar?, un país mayoritariamente mestizo, y el diálogo dificultoso que han entablado sus dos mitades ha servido a consideraciones sociales, políticas y estéticas de todo tipo. Pero aquí no sólo se trata de reconocer esa situación de mestizaje, sino de explicar cómo lo reciben esos difíciles vecinos que rara vez entienden o quieren entender nuestro modo de ser y nuestro modo de vivir. Y se desemboca en lo predecible: el mestizo es de necesidad el villano porque carece de quién sabe cuál abstracta pureza que, se dice, sus dos mitades tienen por separado. Nair se opone a una consideración así de simplista y dedica su libro a explorar las razones de su existencia y las consecuencias literarias de su aplicación.

A la vez que atiende a esa temática primordial, sustentadora de su libro, Nair explora otros elementos que le permiten darle riqueza al estudio: la importancia que el paisaje tiene en esa narrativa, la incapacidad de gobernarse que se atribuye a los pueblos latinoamericanos, la oposición binaria entre civilización y barbarie, la creación de utopías por parte de Europa desde el momento en que nos “descubre”, el aprovechamiento de la Leyenda Negra por parte de algunos de los escritores analizados, el papel de la religión y un largo etcétera.

En su libro, Nair se ha enfrentado al problema de la “otredad” cuando esa “otredad” la conformamos nosotros y sirve de pretexto para que quienes nos visitan hagan ver los problemas de visión que padecen. Es el de Nair un libro bien investigado, estructurado con inteligencia, apoyado en un número impresionante de lecturas, claro en su posición ideológica y capaz de examinar las deficiencias de percepción ajenas sin por ello desechar las buenas cualidades literarias de un texto. Sin duda, una grata aportación a tema así de dificultoso.

Federico PATÁN